

MANUEL M. MARZAL

CATALINA ROMERO

JOSÉ SÁNCHEZ

EDITORES

# PARA ENTENDER LA RELIGIÓN EN EL PERÚ 2003

## Capítulo 9



Pontificia Universidad Católica del Perú  
Fondo Editorial 2004

Primera edición: febrero de 2004

*Para entender la religión en el Perú - 2003*

Copyright 2004 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164 - Lima - Perú

Teléfonos: 30-7410 / 330-7411. Telefax 330-7405.

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052004-4342

Derechos Reservados

ISBN: 9972-42-637-8

Impreso en Perú - Printed in Peru

## Prácticas y representaciones de la identidad femenina pentecostal

*Ángel Eduardo Espinar Álvarez*

El presente trabajo muestra una de las formas del pentecostalismo peruano en el departamento de Ayacucho. Específicamente, analizamos los contenidos de la experiencia religiosa pentecostal y cómo estos son asumidos por las mujeres pentecostales e intervienen en la constitución de la agencia femenina pentecostal en los espacios de la familia y la Iglesia. Consideramos estos ámbitos como espacios simbólicos, que son configurados por quienes habitan o participan en ellos a través de sus propias acciones y que, al mismo tiempo, los moldean a partir de las exigencias, las reglas, las interacciones, los ideales y valores que comportan el universo simbólico de la Iglesia Pentecostal. Nos interesa analizar en este camino de doble vía cómo las mujeres pentecostales van constituyéndose, desde su experiencia religiosa, como sujetos intencionales con capacidad para configurar su entorno familiar y eclesial. Adoptamos la perspectiva femenina, aunque hablar de las mujeres es hablar también de los varones.

Como resultado de un largo proceso de desgajamiento de las Asambleas de Dios, se fundó en Lima una nueva denominación pentecostal el 3 de octubre de 1959, con el nombre de Iglesia Evangélica Pentecostal del Perú (IEPP). Unos meses después, en Ayacucho, se creó la Iglesia Evangélica Pentecostal del Perú-Ayacucho (IEPA), considerada por los pentecostales de este departamento como la sede fundacional, un templo ubicado en el corazón de la capital, donde se congregan actualmente centenares de fieles pentecostales.

Actualmente, la IEPA es la iglesia evangélica más numerosa en la ciudad de Ayacucho,<sup>1</sup> tanto en número de fieles como en número de templos y casas de oración. Solo en la ciudad de Ayacucho cuenta con nueve iglesias organizadas y once grupos que reúnen alrededor de 1450 fieles. Otra característica de esta iglesia es que reúne entre su feligresía a un porcentaje mayoritario de mujeres (65%). La mayoría de los fieles pentecostales provienen de las ciudades y comunidades del interior de Ayacucho (San Francisco, La Mar, Cangallo y comunidades rurales de Huamanga), que han sido fuertemente golpeadas por la violencia política durante la década del 80 e inicios del 90. El 10% de las mujeres son analfabetas y el 50% posee algún grado de estudios de primaria, aunque existe un porcentaje considerable de mujeres con estudios secundarios y superiores. La mayoría de fieles (70%) vive en las zonas urbano-marginales de la ciudad. Las principales actividades económicas a las que se dedican son la agricultura y el comercio; algunos son empleados públicos y otros, estudiantes. Las mujeres, generalmente, son comerciantes, empleadas del hogar o se dedican únicamente a su propio hogar.

## 1. LA CONVERSIÓN PENTECOSTAL Y LA CONSTRUCCIÓN DE UNA NUEVA IDENTIDAD

La experiencia de la conversión entre los pentecostales, y sobre todo en las mujeres, marca el inicio y el proceso de la nueva vida religiosa de los fieles. Los motivos de conversión de las mujeres generalmente son los siguientes: enfermedades, problemas con el esposo, problemas familiares y problemas de índole material y económicos, entre otros. Esta experiencia es vivida como un proceso de transformación que responde inicialmente a las necesidades personales del creyente. La experiencia de sentirse atendido desde la esfera religiosa, es decir, creer en la inter-

---

<sup>1</sup> En nuestra investigación solo nos referimos a las iglesias ubicadas en los distritos de Ayacucho, San Juan Bautista y Carmen Alto.

vención divina a través de la realización de un «milagro» manifiesto en la solución parcial o total del problema lleva al fiel a entrar en un proceso de conversión más allá de la inmediatez. En la solución de sus necesidades consigue abrirse a una relación de aceptación del icono de fundación de la fe pentecostal: «Jesús como Salvador personal y Señor».

Nos parece importante destacar la conversión como proceso, pues existe la tendencia de colocar a los motivos del acercamiento a la iglesia en el lugar de las motivaciones de la conversión, aunque es cierto que estas motivaciones han contribuido a catalizar este proceso, pues los fieles perciben una solución a sus problemas. Podríamos definir la Iglesia Pentecostal como el espacio religioso donde se vive la experiencia de conversión en el Espíritu para aceptar a Jesús como Señor y Salvador. Esta figura simbólica es reiterada constantemente en los mensajes y apelaciones que los pastores dirigen a los fieles, buscando que se produzca un cambio radical en sus vidas y que arraigue, en ellos, una mayor fidelidad a su compromiso religioso. Por otro lado —es el caso específico de nuestra investigación—, este proceso de conversión está relacionado con la construcción de una nueva identidad<sup>2</sup> que las mujeres pentecostales —también varones— deben asumir. Esta nueva identidad la adquieren en una interacción en que se incorporan prácticas y representaciones del sistema religioso, las mismas que son reproducidas en las situaciones concretas que cada una de ellas vive.

La Iglesia Pentecostal busca que los conversos adquieran una nueva identidad, y eso significa asumir un determinado patrón ético-religioso, participar en una comunidad de culto de referencia y actuar bajo las

---

<sup>2</sup> Entendemos por identidad la percepción de sí que tiene la persona en tanto diferente de otra. Esta percepción es formada, en términos biográficos, desde posicionamientos y posiciones que asume el individuo en la interacción con otros. Con ellos puede ejercer una capacidad actoral (agencia) mediante estrategias que le permitan delinear sus acciones. En ese sentido, la identidad es *adscriptiva*, en cuanto el sujeto es moldeado por las pautas sociales y culturales de la interacción social; es *estratégica*, en cuanto el individuo delinea sus acciones con una intencionalidad; y *comprometida*, en cuanto el individuo se compromete con su historia vital, adherida a él por los soportes de su identidad, que lo hace diferente de otros.

creencias pentecostales. A través de este proceso, el converso encuentra una nueva significación en su vida. Este proceso de resemantización implica vivir bajo un nuevo campo de relaciones y significados religiosos que orientarán su conducta. El campo religioso —y en particular, el pentecostal— está configurado por las relaciones que establecen los fieles en la consecución de los bienes simbólicos de la salvación. Este capital simbólico constituye el medio y la meta de las experiencias religiosas de los pentecostales, cuyo rasgo específico se manifiesta en la posesión del Espíritu a través de la sanación y el don de lenguas. Como señala Bourdieu acerca de la génesis y estructura del campo religioso:

El capital religioso, en función de su posición en la estructura de la distribución por la autoridad propiamente religiosa, las diferentes instancias religiosas individuos o instituciones, pueden usarlo en la competencia por el monopolio de la gestión de los bienes de salvación y el ejercicio legítimo del poder religioso como el poder de modificar permanentemente las representaciones y las prácticas de los laicos en la inculcación de un *habitus* religioso, principio generador de todos los pensamientos, percepciones y acciones conformes a las normas de una representación religiosa del mundo natural y sobrenatural.<sup>3</sup>

En ese sentido, el campo pentecostal incluye los espacios de la familia y la Iglesia como lugares simbólicos donde los fieles delinean sus acciones en las relaciones intrafamiliares y con los «hermanos» en la Iglesia, a partir de las disposiciones regulares adoptadas por los agentes y del capital simbólico o religioso adquirido durante el proceso de pertenencia y de participación. En el caso que estudiamos, el campo pentecostal lo definimos en función de la comunidad de culto, las creencias y las prácticas ético-religiosas.

---

<sup>3</sup> BOURDIEU, Pierre. «Genèse et structure du champ religieux». *Revue française de Sociologie*, vol. XII, n.º 3, julio-septiembre, 1971, p. 318.

## 1.1. El campo pentecostal

### 1.1.1. Una comunidad cultural

La comunidad de culto y las prácticas y creencias pentecostales constituyen los referentes de la fe y la identidad pentecostal. Más allá de las formas de organización, cargos y funciones, lo que define el pentecostalismo es ser una comunidad cultural, una comunidad fraternal de oración y alabanza, en la que la palabra de Dios es rectora en la identificación de los miembros con Jesucristo Salvador y Señor. Barrera,<sup>4</sup> en su reciente estudio sobre el pentecostalismo latinoamericano, enfatiza también este rasgo al colocar el culto como espacio privilegiado de la transmisión religiosa, en el que importa más la experiencia de la emoción religiosa individual y colectiva que la transmisión doctrinal.

La fraternidad entre los miembros de la Iglesia es uno de los rasgos atractivos para quienes ya pertenecen a ella y para quienes se acercan inicialmente. Se considera como uno de los aspectos fundamentales en el camino hacia la madurez cristiana, vivida como mandamiento y basada en la renuncia a los beneficios propios en bien del hermano y para gloria de Dios. En las celebraciones, reuniones y actividades sociales se manifiesta esta preocupación por el hermano. En el caso de las mujeres, es notable la ayuda mutua que tiene el compartir los problemas personales y familiares entre ellas, y la solicitud que muestran en la solidaridad con los que atraviesan alguna dificultad de tipo material o económica.

En la oración personal a solas o durante el culto se manifiestan los sentimientos religiosos con una expresividad peculiar. Se considera que la alabanza es la expresión de un alma agradecida que siente alegría, júbilo y gozo por la grandeza de Dios y por las bendiciones que recibe de él, y esas emociones se expresan sin inhibiciones, con palabras, orando en lenguas, cantando con instrumentos musicales, aplaudiendo,

<sup>4</sup> BARRERA, Paulo. *Tradição, transmissão e emoção religiosa. Sociologia do protestantismo contemporâneo na América Latina*. São Paulo: Ohlho d'Água, 2001, p. 257.

danzando y ofrendando. En las celebraciones dominicales se crea un clima espiritual, caracterizado de modo general por sentimientos de efusividad y de alegría desbordante, de gratitud por las bendiciones recibidas y de llanto cuando se pide perdón y se está arrepentido. Cabe destacar las expresiones corporales de la experiencia espiritual; la mayoría de hermanos ha tenido la experiencia corporal de la acción del Espíritu y, de modo especial, lo que ellos denominan el bautismo en el Espíritu, en el que suele darse la glosolalia o don de hablar en lenguas. Esta dimensión emocional la podemos observar en el siguiente testimonio de una mujer de 37 años:

En la alabanza siento gozo, me siento alegre, me arrepiento, pero a veces siento odio dentro de mí y digo: «¿Señor, hasta cuándo voy a estar así?»; siempre estoy con errores, luego me arrepiento y me siento alegre, pero si no me arrepiento siento que algo se me atasca dentro de mí, y no me gusta nada. Si el Señor ya me tocó como zigzag me siento con el espíritu alegre. Él hace todo para mí; aunque no tengo trabajo el Señor me da muchas cosas, y digo: «Solo la muerte me separará de Dios»; si lucho y soy evangélica, si verdaderamente Dios vive, voy a servir».<sup>5</sup>

### 1.1.2. *Una ética bíblico-religiosa*

La dimensión ética fundamentada en patrones bíblico-religiosos<sup>6</sup> constituye el nivel de las acciones a través de las que el fiel pentecostal va configurando su vida según el icono de Jesucristo Salvador y Señor en un proceso de santificación. Respecto a las responsabilidades de las mujeres en la familia y la Iglesia, se enfatiza la subordinación de la

<sup>5</sup> Mujer de 37 años con educación secundaria.

<sup>6</sup> En el ámbito pentecostal, la ética es denominada «mayordomía». El fiel pentecostal que ha sido redimido por Dios del pecado no puede seguir viviendo en el egoísmo y sin tener en cuenta los propósitos de Dios. Este hecho lo lleva a una nueva responsabilidad, denominada «mayordomía cristiana». El término está tomado de la enseñanza bíblica, en la que el mayordomo es el administrador de una propiedad ajena, hecho que implica un gran privilegio y al mismo tiempo una gran responsabilidad.

mujer al esposo a partir del criterio paulino que señala que, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, así también el marido es cabeza de la mujer. En la Iglesia, la mujer encuentra espacio para formarse a través del manejo de la Sagradas Escrituras —todas asisten a las reuniones de culto y doctrina con la Biblia en la mano— y en la práctica del liderazgo ejercido a través del servicio y evangelismo. Como señala el pastor de una de las iglesias:

La enseñanza que damos acerca del papel de la mujer como madre y esposa es sobre todo respecto a los deberes y responsabilidades en la vida conyugal; en el aspecto material, es el esposo quien provee para el bienestar y la mujer puede trabajar, pero tiene que ser de mutuo acuerdo. Se trata de que ambos sigan el diseño de Dios para la familia. En el ámbito de la Iglesia, la mujer puede actuar como maestra; para eso se tiene que capacitar. Además, actúa como líder tanto en la sociedad de mujeres que forman la liga femenina como en trabajos de acción social y servicio en la Iglesia (*diakonia*), y en el conocimiento de la condición socioeconómica de los hermanos. En el relato de la creación de la mujer, ella aparece como «compañera y ayuda idónea del hombre». También tenemos mujeres ejemplares tanto en el Antiguo Testamento (Débora, Rut [...]) como en el Nuevo Testamento (María, ejemplo de fidelidad a Dios). Las mujeres deben sujetarse por amor a sus esposos, no por imposición,<sup>7</sup> y edificar su casa como mujer sabia.<sup>8</sup>

Junto con la subordinación aceptada y asumida por las mujeres, se enfatiza la dimensión complementaria de las relaciones entre los esposos; prácticamente, la relación de sujeción en la vida cotidiana se convierte en relaciones horizontales entre los cónyuges basadas en la comunicación y en la toma de decisiones de mutuo acuerdo, aunque siempre quede reservada la última palabra al esposo. Así es señalado en la enseñanza del pastor de la Iglesia:

---

<sup>7</sup> Ef 5, 22-24; I Pe 3, 1-6.

<sup>8</sup> Prv 14, 1.

mujer al esposo a partir del criterio paulino que señala que, así como Cristo es cabeza de la Iglesia, así también el marido es cabeza de la mujer. En la Iglesia, la mujer encuentra espacio para formarse a través del manejo de la Sagradas Escrituras —todas asisten a las reuniones de culto y doctrina con la Biblia en la mano— y en la práctica del liderazgo ejercido a través del servicio y evangelismo. Como señala el pastor de una de las iglesias:

La enseñanza que damos acerca del papel de la mujer como madre y esposa es sobre todo respecto a los deberes y responsabilidades en la vida conyugal; en el aspecto material, es el esposo quien provee para el bienestar y la mujer puede trabajar, pero tiene que ser de mutuo acuerdo. Se trata de que ambos sigan el diseño de Dios para la familia. En el ámbito de la Iglesia, la mujer puede actuar como maestra; para eso se tiene que capacitar. Además, actúa como líder tanto en la sociedad de mujeres que forman la liga femenina como en trabajos de acción social y servicio en la Iglesia (*diakonia*), y en el conocimiento de la condición socioeconómica de los hermanos. En el relato de la creación de la mujer, ella aparece como «compañera y ayuda idónea del hombre». También tenemos mujeres ejemplares tanto en el Antiguo Testamento (Débora, Rut [...]) como en el Nuevo Testamento (María, ejemplo de fidelidad a Dios). Las mujeres deben sujetarse por amor a sus esposos, no por imposición,<sup>7</sup> y edificar su casa como mujer sabia.<sup>8</sup>

Junto con la subordinación aceptada y asumida por las mujeres, se enfatiza la dimensión complementaria de las relaciones entre los esposos; prácticamente, la relación de sujeción en la vida cotidiana se convierte en relaciones horizontales entre los cónyuges basadas en la comunicación y en la toma de decisiones de mutuo acuerdo, aunque siempre quede reservada la última palabra al esposo. Así es señalado en la enseñanza del pastor de la Iglesia:

---

<sup>7</sup> Ef 5, 22-24; I Pe 3, 1-6.

<sup>8</sup> Prv 14, 1.

danzando y ofrendando. En las celebraciones dominicales se crea un clima espiritual, caracterizado de modo general por sentimientos de efusividad y de alegría desbordante, de gratitud por las bendiciones recibidas y de llanto cuando se pide perdón y se está arrepentido. Cabe destacar las expresiones corporales de la experiencia espiritual; la mayoría de hermanos ha tenido la experiencia corporal de la acción del Espíritu y, de modo especial, lo que ellos denominan el bautismo en el Espíritu, en el que suele darse la glosolalia o don de hablar en lenguas. Esta dimensión emocional la podemos observar en el siguiente testimonio de una mujer de 37 años:

En la alabanza siento gozo, me siento alegre, me arrepiento, pero a veces siento odio dentro de mí y digo: «¿Señor, hasta cuándo voy a estar así?»; siempre estoy con errores, luego me arrepiento y me siento alegre, pero si no me arrepiento siento que algo se me atasca dentro de mí, y no me gusta nada. Si el Señor ya me tocó como zigzag me siento con el espíritu alegre. Él hace todo para mí; aunque no tengo trabajo el Señor me da muchas cosas, y digo: «Solo la muerte me separará de Dios»; si lucho y soy evangélica, si verdaderamente Dios vive, voy a servir». <sup>5</sup>

### 1.1.2. *Una ética bíblico-religiosa*

La dimensión ética fundamentada en patrones bíblico-religiosos<sup>6</sup> constituye el nivel de las acciones a través de las que el fiel pentecostal va configurando su vida según el icono de Jesucristo Salvador y Señor en un proceso de santificación. Respecto a las responsabilidades de las mujeres en la familia y la Iglesia, se enfatiza la subordinación de la

<sup>5</sup> Mujer de 37 años con educación secundaria.

<sup>6</sup> En el ámbito pentecostal, la ética es denominada «mayordomía». El fiel pentecostal que ha sido redimido por Dios del pecado no puede seguir viviendo en el egoísmo y sin tener en cuenta los propósitos de Dios. Este hecho lo lleva a una nueva responsabilidad, denominada «mayordomía cristiana». El término está tomado de la enseñanza bíblica, en la que el mayordomo es el administrador de una propiedad ajena, hecho que implica un gran privilegio y al mismo tiempo una gran responsabilidad.

Las decisiones deben hacerse de mutuo acuerdo dentro de una comunicación elevada. En casos difíciles debe ser el varón quien decide porque él es la cabeza y la mujer es ayuda, el varón ejerce el liderazgo y la mujer ayuda a que pueda ser eficaz. Por ejemplo, si quieren comprar un terreno y la mujer quiere uno grande y no alcanza dinero, por más que ella quiera, la decisión la tiene el varón. Por tanto, una decisión del varón y una sujeción de la mujer por amor.<sup>9</sup>

### *1.1.3. Las creencias pentecostales*

Las creencias pentecostales están fundamentadas en las Escrituras. Se considera la Biblia como regla de fe y de conducta. Tanto es así que muchas de las acciones y comportamientos de los fieles están guiados por una interpretación literal de la Biblia. La fe en la Trinidad es similar a la de otras iglesias cristianas, con énfasis en la figura de Jesucristo Salvador y Señor, por cuya sangre y por la fe en él es justificado el fiel (salvación), y en el Espíritu Santo, que santifica y da los dones carismáticos, especialmente el don de lenguas y de sanidad. Se considera la Iglesia instituida por Cristo y originada en Pentecostés en su triple dimensión de predicación, evangelización y edificación. Las creencias escatológicas de la Iglesia Pentecostal son extraídas de los libros de Daniel y del Apocalipsis. Basándose en estos libros, los fieles creen en la segunda venida y el reino milenarismo de Cristo.

Por último, el destino de los creyentes es el cielo de Dios y el de los incrédulos, el infierno. Para los pentecostales existen tres cielos: el primer cielo es la atmósfera que nos rodea, donde están las nubes y las aves; el segundo cielo es el universo, que contiene las galaxias y los planetas; y, finalmente, el tercer cielo es el lugar donde mora Dios, llamado también «gloria» o «el paraíso de la ciudad santa». El cielo de Dios es para quienes han recibido a Cristo como su Salvador personal y Señor. Cuando un creyente muere, su cuerpo queda en la tierra para esperar la resurrección, pero su alma va inmediatamente a estar con Cristo, mientras

---

<sup>9</sup> Pastor de la Iglesia.

que el destino de los incrédulos que mueren es el infierno. Se cree que el infierno es un lugar de tormento espiritual hecho para Satanás y sus demonios, pero los hombres que desobedecen a Dios y siguen a Satanás se irán también con él algún día.

## 1.2. El *habitus* pentecostal

Para entender la práctica de las mujeres pentecostales, la noción de *habitus* nos proporciona una categoría de comprensión de los comportamientos religiosos regulares. El *habitus* es definido por Bourdieu<sup>10</sup> como un conjunto de sistemas de disposiciones que los agentes adquieren mediante la interiorización de un tipo determinado de condiciones sociales y económicas, y que encuentra, en una trayectoria definida dentro del campo considerado, una posibilidad de actualizarse. Estos sistemas de disposiciones pueden entenderse también como esquemas adquiridos que funcionan como categorías de percepción y apreciación, como principios de organización y, también, como principios organizadores de la acción. El *habitus* es, en resumidas cuentas, una estructura social internalizada.

En la Iglesia Pentecostal, las personas utilizan determinados conceptos básicos para referirse a ellas mismas y a los «otros», para las maneras de experimentar y entender la vida y, en general, para comunicarse mediante un lenguaje con eficacia simbólica que los diferencie de los demás. Definen una identidad y demarcan las fronteras simbólicas; así es como los fieles pentecostales reconstruyen y readaptan los múltiples sentidos de su acción y su modo de ser. Tomamos como referencia las reflexiones que hace Flor Ramírez<sup>11</sup> en su investigación sobre los evangélicos en México para graficar los modos en que los fieles generan o

<sup>10</sup> BOURDIEU, Pierre. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press, 1977, pp. 78-78; y *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Madrid: Anagrama, 1994, pp. 19-20.

<sup>11</sup> RAMÍREZ, Flor. «De la casa al congreso de la palabra de fe». *Religiones y Sociedad*, n.º 3, mayo/agosto, México D.F., 1998.

formulan su *habitus* a partir de las enseñanzas impartidas en la Iglesia Pentecostal. Generalmente, la producción de estos mensajes está en manos de las autoridades religiosas (pastores, líderes, predicadores) de la congregación, pero también pasa por los procesos de apropiación e invención de acuerdo con las interacciones sociales en las que se ven envueltos los fieles.

La primera forma de clasificación depende de la adhesión a las reglas de pertenencia de la congregación (confesión de fe y conversión); la segunda, a una división religiosa que condiciona las interpretaciones de los fieles al asociar los hechos de su vida y conducta con la orientación bíblica o la revelación que reciben, es decir, señalar en qué esfera se encuentran ubicados o cómo están tomando un acontecimiento (mundo espiritual/material, concupiscente/«de la fe»). Por último, identifican a los agentes que el individuo debe «vencer» para obtener éxito en su vida o alcanzar la salvación (diablo/tentaciones/«carne»). Estas disposiciones mentales refuerzan y complementan el *habitus* pentecostal, como puede observarse en el gráfico de la siguiente página.

a) *Esfera de la autopercepción*

En el ámbito pentecostal se encuentra una categoría de personas que corresponde a una primera referencia de la identidad del fiel pentecostal. Se trata de los conceptos de persona o auto-imagen,<sup>12</sup> que han sido aprendidos en la Iglesia. Tanto varones como mujeres se identifican como cristianos, creyentes y salvados por entregarse y aceptar a Jesucristo como su Salvador personal y Señor. Como señala una fiel: «Yo no me hice pentecostal, porque pentecostal es solo el nombre de una congregación. Yo me he hecho cristiana porque vi que hay un cambio de vida en esta congregación; a los 11 años me he entregado a Jesucristo y desde allí me hecho cristiana».

---

<sup>12</sup> GIDDENS, Anthony. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península, 1994, p. 72.

## EL HABITUS PENTECOSTAL



Esta referencia de identidad posee dos rasgos característicos: en primer lugar, establece una diferenciación respecto a aquellos que no comparten la misma fe o que están en el mundo vinculados al segundo nivel de representaciones del *habitus* pentecostal, y a quienes comúnmente se denominan «paganos», «incrédulos» o «pecadores». En este nivel, las mujeres ubican a sus esposos que no participan en la iglesia y a quienes generalmente denominan «inconvertidos». Es normal en las prédicas de los pastores y en los discursos de los pentecostales encontrar estas referencias de personas y definirse a sí mismos por oposición o diferenciación frente a este tipo de personas e, incluso, frente a instituciones como la Iglesia Católica. En segundo lugar, esta referencia de identidad es vivida como un proceso que tiene como base una experiencia de conversión iniciada con la entrega a Jesucristo y el haber experimentado una transformación a partir de Él o haber tenido la experiencia de la sanación en el caso de los que acuden al templo por primera vez con alguna enfermedad o dolencia.

Esta transformación es vivida como evento significativo de la conversión, pero continúa a lo largo de la vida, y los pentecostales la denominan «santificación».<sup>13</sup> En ese sentido, la identidad del fiel pentecostal como cristiano, creyente y salvado es algo que se va construyendo a lo largo de la vida y en relación con las otras representaciones de las demás esferas. En su testimonio, una creyente pentecostal que ya se había entregado a Jesucristo y bautizado en la iglesia, después de pasar un tiempo por dificultades personales y de salud, y de estar momentáneamente distanciada de la iglesia, se propone un mayor esfuerzo en sus responsabilidades como cristiana pentecostal:

Estaba leyendo la Biblia en mi casa y pensé: «Si Dios bendice, si Dios da, si Dios sana, por qué a mí no me sana, ya soy evangélica». No me

---

<sup>13</sup> Se considera que es imposible vivir una vida cristiana victoriosa por las propias fuerzas. Por ese motivo, Dios no ha dejado al converso solo después de perdonarle los pecados y darle una vida nueva, sino que ha venido al mismo fiel en la persona del Espíritu Santo como un «nuevo ocupante». Así el alma del converso es renovada en un proceso llamado «santificación», que es resultado de la acción del Espíritu Santo en el alma del converso (intelecto, sentimientos y voluntad).

daba cuenta de que el Señor me estaba probando, entonces pensé: «Si hay personas que niegan a Dios y son sanas y tienen todo, y yo que ya soy evangélica y bautizada, estoy en este problema». Yo pensaba así, y orando y leyendo la Biblia, encontré en Josué 1,9: «¿No te he mandado que seas valiente y firme? No tengas miedo ni te acobardes, porque Jehová tu Dios estará contigo dondequiera que vayas». Y yo pensé, lloré, oré y dije: «¿Cómo va a obrar el Señor si yo no me esfuerzo?». Entonces, empecé a esforzarme y fui donde el Pastor y le dije: «He estado viviendo religiosamente hasta ahora, pero esta ropa vieja ya no quiero, yo quiero ser nueva». El pastor me ayudó con sus oraciones y oró por mí, encomendando al Señor mi vida, y desde esa fecha recién yo puedo decir que soy evangélica, pues durante los cuatro años he vivido religiosamente y he desperdiciado mi vida, desde ahí puedo decir que soy evangélica.<sup>14</sup>

Esta experiencia de la conversión y santificación, vividas como un proceso, tienen asidero en la convicción encontrada y en la que se busca alcanzar respectivamente. Por eso, la salvación es tenida como algo seguro y al mismo tiempo como una realidad que se recibirá en la medida en que se asuma la práctica evangélica pentecostal. Esta seguridad de la propia salvación constituye también un requisito para dedicarse al evangelismo personal. En las instrucciones sobre el testimonio personal que tienen que dar los fieles o en la proclamación pública, que tiene por objeto llevar a los individuos a la fe en Jesucristo como salvador y a la confesión de esa fe, se pide estar seguro de la propia salvación y del fundamento de ella.<sup>15</sup>

---

<sup>14</sup> Mujer de 48 años con educación secundaria.

<sup>15</sup> En el curso sobre evangelismo personal dado por uno de los pastores, este señala a los participantes qué deben responder si les hacen las siguientes preguntas: 1) ¿Está usted seguro si es salvo? y 2) ¿Sobre qué basa usted su salvación? A la primera, se debe responder con convicción: «Sí, gracias a Dios lo soy» y, a la segunda, «La obra redentora de Cristo a mi favor en la cruz y la confianza en él como mi propio salvador me ha hecho perfectamente salvo. Además, la fe en la palabra de Dios me da una seguridad absoluta».

b) *Esfera de la interpretación*

Este nivel corresponde a un filtro que condiciona las interpretaciones de las propias acciones y de los acontecimientos de su vida que hacen los pentecostales. También en esta esfera se considera de modo binario, y en oposición, dos grandes mundos: uno espiritual y el otro material; uno que corresponde al Reino de Dios y otro opuesto, como terrenal; el mundo de la fe y el de la concupiscencia. La Biblia, como regla de fe y de conducta, constituye el elemento fundamental con el cual se disciernen estos dos mundos, ya que ella es considerada como: 1) guía autorizada para llegar al conocimiento de Dios; 2) medio para conocer el propósito divino; 3) fuente de verdades espirituales; 4) preservadora de la verdad íntegra e infalible a través de las edades; y 5) única regla de fe, conducta y doctrina.

El testimonio de una fiel que ya se había entregado y había sido sanada reconoce la importancia del conocimiento de la Biblia para instruir a otros: «Cuando yo me convertí, yo sentía pena de la gente. Yo decía: “¿Por qué ellos no se convierten?”. Pensaba que con mi testimonio bastaba, pero Dios me decía: “Aún te falta conocer las Escrituras, por eso no puedes desenvolverte”».<sup>16</sup>

La misma fiel recurre a las enseñanzas del pastor y de las Escrituras para comprender su situación familiar y tomar decisiones:

Mi esposo era bien duro; no creía. Cuando me entregué, me decía cosas. Él no conocía al Señor ni tenía la intención de conocerlo; para esto me había enseñado mi pastor: «no vas a contestar si te pegan, porque vienes a la iglesia. Gózate en el Señor, porque un día él también tiene que venir. Tú estás abriendo el camino para tu casa». La palabra del Señor dice en el libro de los Hechos: «Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo tú y tu casa». Yo me agarré de esos textos. Mi esposo me decía cosas, hablaba hasta que se cansaba, pero como no había respuesta, se callaba nomás. Así él fue notando algo en mí, un gran cambio;

---

<sup>16</sup> Mujer de 44 años con educación secundaria.

porque antes, cuando él hablaba algo, yo no me aguantaba y respondía, pero cuando ya me entregué, él comenzó a ver un cambio.<sup>17</sup>

c) *Esfera de la confrontación espiritual*

Los enemigos del fiel y de la Iglesia Pentecostal que impiden realizar el camino de la santificación son, en primer lugar, Satanás y sus demonios, cuyo carácter y poder se revelan por los nombres que les da la misma Biblia: «príncipe de este siglo», «huestes espirituales de maldad» y «potestades y gobernadores de las tinieblas», entre otros; en segundo lugar, el mundo, entendido como el sistema de vida dominado por el egoísmo, las pasiones y la vanidad —en una palabra, el pecado—; y, finalmente, la «carne», como tendencia al pecado que se heredó de Adán y que puede llevar al fiel a dudar de su fe o de lo que puede hacer Dios en su vida.

Estos tres enemigos pueden ser vencidos por el fiel porque Jesucristo, con su muerte y por su autoridad y poder, ya los venció. Con su muerte, Cristo logró el perdón; también ha quitado la autoridad que tenía Satanás sobre el hombre a causa de su pecado. Este poder de Cristo se ha manifestado cuando, una vez, poniéndome a sus pies, retaba al demonio. Yo le decía: «Demonio, borracho, ahora estás ahí, en mi esposo, tú vas a perder, porque él está conmigo, él es más poderoso; mi Señor, él pelea por mí, te voy a vencer porque el Señor vive en mí». Así, amenazando al demonio estuve orando, y escuché una voz medio ronca, no se puede comparar, no es de humano. Me decía: «Contigo no se puede, me iré de aquí». Y gimiendo salió. Y yo daba gracias al Señor porque el maligno que estaba poseyendo a mi esposo lo dejó y mi esposo fue libre». <sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> *Idem.*

<sup>18</sup> *Idem.*

## 2. LA AGENCIA FEMENINA PENTECOSTAL

### 2.1. La afirmación femenina pentecostal

Los cambios experimentados por las mujeres pentecostales a raíz de su conversión y la experiencia espiritual que van cultivando durante su participación en la iglesia contribuyen a afirmar su condición de mujeres y creyentes. Desde una perspectiva de género, Nancy Fraser<sup>19</sup> considera que las soluciones afirmativas son aquellas dirigidas a corregir los resultados inequitativos de los acuerdos sociales sin afectar el marco general que los origina. Por el contrario, las soluciones transformadoras son aquellas dirigidas a corregir los resultados inequitativos mediante la reestructuración del marco general implícito que los origina. En efecto, los cambios que se producen en las mujeres pentecostales no obedecen a una perspectiva de género, como la explicitada en las reivindicaciones feministas, y sí a una perspectiva ético-religiosa fundamentada en el sistema pentecostal que introduce cambios en la cultura patriarcal y machista en la que viven y que han aceptado resignadamente. Las mujeres pentecostales con mayor grado de instrucción, que conocen algo del feminismo, consideran que esta corriente es extrema, como señala una hermana que ha participado en una organización de mujeres evangélicas a nivel nacional:

Como cristianos no consideramos el feminismo como corriente buena, porque el feminismo cambia el orden que Dios creó. Eso no quiere decir que las mujeres sean sumisas, pero la Biblia dice que la cabeza de la mujer es el esposo, así como del esposo es Cristo. Pero el feminismo no ve eso; es como que dentro de su marco borran al hombre. Si los hombres no están, las mujeres no seríamos sin los hombres, ni ellos sin las mujeres. La corriente feminista habla de los derechos de la mujer, que se hagan respetar, pero es muy extrema.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> FRASER, Nancy. *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista*. Bogotá: Universidad de los Andes - Siglo del Hombre Editores, 1997, pp. 38-39.

<sup>20</sup> Profesora de 34 años.

La situación de la mujer en la familia, como madre y esposa, consiste en ser «compañera y ayuda idónea del varón», mientras que el esposo generalmente es el «proveedor de bienestar». La mujer se ubicará en una categoría de personas, en un mundo en relación con los otros en la medida en que en la vida conyugal y familiar sea esa compañera idónea del varón. Cualquier otro tipo de comportamiento indicaría la presencia del «enemigo» al que hay que vencer para no terminar perteneciendo a la categoría de los paganos o pecadores, al mundo de la perdición. El caso de una hermana, cuyo esposo le era infiel y la maltrataba, discurre entre mantener la confrontación con su esposo o asumir una actitud de sumisión que le permita conseguir de su esposo una actitud más reflexiva o consciente respecto a su propio comportamiento y frente a ella:

Un día llegó una hermana de San Miguel que tenía don de profecía. Mientras estábamos en ayuno y oración, me dijo hablando en lenguas: «¿me amas?». Yo le dije tres veces: «Sí, te amo, Señor» [...]. Ella dijo: «Mentira, cómo me vas a amar si a tu esposo estás viendo con tus ojos. Arrepiéntete, hija, y perdona a tu esposo». Eso me dolió y pensé: «El Señor me dice o una hermana me está diciendo; el Señor sabe que mi esposo está con una y otra mujer, y todavía, ¿el Señor me va a decir que voy a amar a mi esposo y pedirle perdón?». Me quedé inquieta —¿acaso estoy yo en adulterio?—. Otro día me volvió a hablar esa hermana y me dijo: «Hija desobediente». Ahí recién lloré y me arrepentí. Yo oraba: «Señor, si tú mismo me estás hablando, tienes que darme ese amor». Pasaba ayunos, vigiliás, pedí hasta que comencé a sentir pena por mi esposo. Ahí pensé: «Si voy a pedirle perdón, él se va a enaltecer», pero no fue así. El día de su cumpleaños, cuando llegó del trabajo, le regalé un par de zapatos en una caja con papel de regalo y le pedí perdón de todo. Le dije: «Tú me decías esas cosas y me ha dolido mi corazón». Le pedí perdón y él comenzó a llorar. No podía contestar, lloraba, no podía hablar y me dijo: «Cómo me pides perdón todavía, si yo estoy caminando así». Así me hablaba el Señor siempre.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Mujer de 49 años con educación primaria.

Las acciones de las mujeres, a partir de las disposiciones que forman parte del *habitus* pentecostal, funcionan en una doble línea: como modeladoras de la subordinación legitimada religiosamente, pues las mujeres se esforzarán en ser las buenas compañeras de sus esposos y reconocerán en ellos la cabeza del hogar y quien tiene la última palabra en las decisiones. Aunque generalmente se tomen las decisiones por acuerdo mutuo, ellas reconocen que, en casos extremos, el varón tiene la potestad de decidir y que, en esa medida, se realizan como buenas pentecostales. Por otro lado, estas disposiciones funcionan como modeladoras de acciones afirmativas como conseguir que el esposo dirija sus acciones positivamente a la construcción del hogar; inclusive, ellas llegan a mediar en su conversión. Este fue el caso de una hermana cuyo esposo pasaba por problemas con otras personas; aprovechando esa situación, insistió en la ayuda del Señor:

Le dije a mi esposo: «nos vamos a convertir, peor para ellos. El Señor está con nosotros. La palabra de Dios dice que el hombre incrédulo es santificado por la mujer que cree en Dios. Esa es la primera promesa». Yo le clamaba al Señor: mi esposo tomaba bastante, se perdía, entonces el peligro que corría, mis hijos lloraban y hacían oración. El señor escuchaba en ese momento mis sentimientos. Mi esposo ya se había olvidado, pero el problema se agudizó más. Yo pensaba: «Ese problema, por qué, por qué». Y tenía que agradecer al Señor: «gracias, gracias». De vez en cuando iba a escuchar comparando las cosas que me decía y así, un día, le dije a mi esposo: «Vamos al templo, vamos en oración». Y él cambió, gracias al Señor que ganó la batalla y ahora él ya asiste al Evangelio. Hasta hoy él me decía: «No me pidas nada», y le pedí al Señor para casarme por el evangelio y no pasaron ni dos meses y me casé; él cambió su carácter, ya era sano.<sup>22</sup>

La afirmación femenina pentecostal —vívica como sentido de autoestima, ejercicio de liderazgo y reconocimiento— se convierte en moti-

---

<sup>22</sup> Mujer de 44 años con educación secundaria.

vación constante que lleva a una búsqueda de realización personal como mujeres y pentecostales en los espacios de la familia y la iglesia. Lo importante es pasar de la invisibilidad de sus vidas al reconocimiento de su condición y rol como madres, esposas y líderes. Este reconocimiento tiene relación con la valoración de las capacidades que las mujeres experimentan en el nuevo orden de relaciones que establecen en el hogar y la iglesia; pero, sobre todo, por la constatación positiva de sus propias acciones, que van consolidando un modo de ser y de actuar en beneficio propio y de otros. Ser buenas esposas y madres constituye su realización como cristianas. Las mujeres comprueban que, efectivamente, el crecimiento espiritual —basado en una constante relación con Dios a través de la oración y la alabanza, así como en la meditación asidua de la Biblia— se convierten en medios transformadores que dan autoconfianza y seguridad para enfrentar los problemas del hogar, sobre todo las relaciones conflictivas con los esposos.

La iglesia es el espacio en el que las mujeres pueden explicitar sus necesidades y compartir sus problemas con otras hermanas; pero, sobre todo, es el espacio donde aprenden el modo para enfrentar y conseguir mantener relaciones armónicas con el esposo. Por otro lado, esta experiencia afirmativa las lleva a una búsqueda de mayor participación en la iglesia, a través del compromiso en funciones de liderazgo en la organización femenina de la iglesia, en los grupos de sanidad, en la predicación de la Palabra, en las campañas evangelísticas y los servicios, entre otros. Más allá de un pietismo que las encierra en sí mismas, la experiencia religiosa les permite experimentarse como sujetos de amor, con fuertes dosis de autoestima y confianza en sí mismas para modificar su propia realidad.

## 2.2. El poder viene de Dios y de uno

Ya hemos hecho alusión a la capacidad que tienen las mujeres pentecostales de afirmar su identidad femenina y pentecostal en un espacio y visión religiosa que, si bien les asigna funciones subalternas o subordinadas en relación con los varones, les permite construir nuevos

sentidos que significan autoafirmación y reconocimiento como formas para conseguir la salud espiritual. Sin embargo, merece atención la dimensión espiritual o carismática que forma parte de la experiencia religiosa pentecostal en el fortalecimiento de la identidad femenina y constituye la dimensión emocional del *habitus* y la agencia femenina pentecostal.

En el plano religioso, los pentecostales afirman ser una religión del Espíritu. En los ritos de iniciación, el bautismo comporta ya una participación del Espíritu, pero solo se es plenamente bautizado cuando se recibe el Espíritu Santo, que generalmente viene acompañado del don de lenguas (glosolalia). Lo que nos interesa subrayar en este aspecto son las motivaciones e intenciones que acompañan las acciones y las vivencias presentes en las experiencias religiosas de las mujeres pentecostales. Se trata de profundizar en la ética y espiritualidad pentecostal desde una perspectiva de género. Los evangélicos pentecostales se destacan por ser grupos que enfatizan el lado emocional en sus celebraciones y rituales. Max Weber<sup>23</sup> consideraba que la presencia femenina destacaba más en las religiones que enfatizaban los aspectos emocionales, en los ritos de éxtasis y en las ceremonias de posesión en las religiones populares. Es común encontrar experiencias de sueños y revelaciones entre las mujeres. Además, y a diferencia de los varones, ellas manifiestan en mayor porcentaje haber recibido carismas como el don de sanidad, de lenguas, de evangelismo y profecía. Empero, habría que matizar la idea dicotómica siguiente: que lo emocional y expresivo corresponde a lo femenino, y lo racional e instrumental a lo masculino. Tal vez Weber proyectó en su análisis su propio modo de entender los roles de género en la sociedad.

¿Por qué traer a colación este aspecto emocional en un estudio sobre la construcción de la identidad femenina pentecostal? En principio, porque nos parece importante destacar, dentro del estudio del fenómeno religioso, la importancia de las motivaciones y los sentimientos reli-

---

<sup>23</sup> WEBER, Max. *Economía y sociedad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984.

giosos, que, dicho sea de paso, no se colocan como objeto de investigación y análisis antropológico. Radcliffe-Brown,<sup>24</sup> analizando el papel de la religión en la sociedad, abre un camino poco transitado por su escuela y por la mayoría de estudiosos de la religión: el del estudio del sentimiento religioso o experiencia subjetiva de cada culto particular, que debiera estudiarse empíricamente. También Geertz,<sup>25</sup> en su definición de la religión como sistema cultural, destaca el papel de los estados de ánimo y las motivaciones sin llegar a proponer un planteamiento metodológico que contribuya a investigar este aspecto de la religión.

Para las mujeres, la dimensión de la emoción y la motivación constituyen, espiritualmente, la experiencia de la afirmación y valoración de sí por la constatación de ser mediadoras de las manifestaciones del Espíritu, a quien invocan en su vida religiosa cotidiana. Recordemos que la mayoría de las mujeres que participan en la Iglesia Pentecostal provienen del catolicismo popular; si antes tuvieron, en las diferentes imágenes marianas, los modelos inspiradores de cómo ser mujer y creyente, ahora es a través de la lectura bíblica como perciben la experiencia directa del Espíritu en sus vidas, hecho que las impulsa en su accionar. En otras palabras, es la comprobación de un poder que antes no tenían o que no percibían, aunque sea un poder que tiene que ser discernido en el ámbito público por la autoridad religiosa del pastor, ya que ellas mismas se sorprenden de la fuerza de sus motivaciones, de las revelaciones que tienen en sueños o de la claridad de sus percepciones sobre determinados problemas o situaciones. Perciben que este poder funciona en el ámbito de la familia como una fuente de motivación para vivir los compromisos que les corresponden en el hogar y ejercer, al mismo tiempo, la tarea de modelar las relaciones familiares de acuerdo con el nuevo patrón ético-religioso asumido. Es esta experiencia espiritual la que las impulsa también a actuar en la iglesia o fuera de su propio hogar en la curación de enferme-

---

<sup>24</sup> RADCLIFFE-BROWN, Alfred. *Estructura y función de la sociedad primitiva*. Barcelona: Península, 1972.

<sup>25</sup> GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Madrid: Gedisa, 1973.

sentidos que significan autoafirmación y reconocimiento como formas para conseguir la salud espiritual. Sin embargo, merece atención la dimensión espiritual o carismática que forma parte de la experiencia religiosa pentecostal en el fortalecimiento de la identidad femenina y constituye la dimensión emocional del *habitus* y la agencia femenina pentecostal.

En el plano religioso, los pentecostales afirman ser una religión del Espíritu. En los ritos de iniciación, el bautismo comporta ya una participación del Espíritu, pero solo se es plenamente bautizado cuando se recibe el Espíritu Santo, que generalmente viene acompañado del don de lenguas (glosolalia). Lo que nos interesa subrayar en este aspecto son las motivaciones e intenciones que acompañan las acciones y las vivencias presentes en las experiencias religiosas de las mujeres pentecostales. Se trata de profundizar en la ética y espiritualidad pentecostal desde una perspectiva de género. Los evangélicos pentecostales se destacan por ser grupos que enfatizan el lado emocional en sus celebraciones y rituales. Max Weber<sup>23</sup> consideraba que la presencia femenina destacaba más en las religiones que enfatizaban los aspectos emocionales, en los ritos de éxtasis y en las ceremonias de posesión en las religiones populares. Es común encontrar experiencias de sueños y revelaciones entre las mujeres. Además, y a diferencia de los varones, ellas manifiestan en mayor porcentaje haber recibido carismas como el don de sanidad, de lenguas, de evangelismo y profecía. Empero, habría que matizar la idea dicotómica siguiente: que lo emocional y expresivo corresponde a lo femenino, y lo racional e instrumental a lo masculino. Tal vez Weber proyectó en su análisis su propio modo de entender los roles de género en la sociedad.

¿Por qué traer a colación este aspecto emocional en un estudio sobre la construcción de la identidad femenina pentecostal? En principio, porque nos parece importante destacar, dentro del estudio del fenómeno religioso, la importancia de las motivaciones y los sentimientos reli-

---

<sup>23</sup> WEBER, Max. *Economía y sociedad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984.

giosos, que, dicho sea de paso, no se colocan como objeto de investigación y análisis antropológico. Radcliffe-Brown,<sup>24</sup> analizando el papel de la religión en la sociedad, abre un camino poco transitado por su escuela y por la mayoría de estudiosos de la religión: el del estudio del sentimiento religioso o experiencia subjetiva de cada culto particular, que debiera estudiarse empíricamente. También Geertz,<sup>25</sup> en su definición de la religión como sistema cultural, destaca el papel de los estados de ánimo y las motivaciones sin llegar a proponer un planteamiento metodológico que contribuya a investigar este aspecto de la religión.

Para las mujeres, la dimensión de la emoción y la motivación constituyen, espiritualmente, la experiencia de la afirmación y valoración de sí por la constatación de ser mediadoras de las manifestaciones del Espíritu, a quien invocan en su vida religiosa cotidiana. Recordemos que la mayoría de las mujeres que participan en la Iglesia Pentecostal provienen del catolicismo popular; si antes tuvieron, en las diferentes imágenes marianas, los modelos inspiradores de cómo ser mujer y creyente, ahora es a través de la lectura bíblica como perciben la experiencia directa del Espíritu en sus vidas, hecho que las impulsa en su accionar. En otras palabras, es la comprobación de un poder que antes no tenían o que no percibían, aunque sea un poder que tiene que ser discernido en el ámbito público por la autoridad religiosa del pastor, ya que ellas mismas se sorprenden de la fuerza de sus motivaciones, de las revelaciones que tienen en sueños o de la claridad de sus percepciones sobre determinados problemas o situaciones. Perciben que este poder funciona en el ámbito de la familia como una fuente de motivación para vivir los compromisos que les corresponden en el hogar y ejercer, al mismo tiempo, la tarea de modelar las relaciones familiares de acuerdo con el nuevo patrón ético-religioso asumido. Es esta experiencia espiritual la que las impulsa también a actuar en la iglesia o fuera de su propio hogar en la curación de enferme-

---

<sup>24</sup> RADCLIFFE-BROWN, Alfred. *Estructura y función de la sociedad primitiva*. Barcelona: Península, 1972.

<sup>25</sup> GEERTZ, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Madrid: Gedisa, 1973.

dades y dolencias espirituales, en actividades solidarias, en la predicación de la palabra, en el trabajo evangelístico y en otras tareas.

### 2.3. ¿Una agencia femenina pentecostal?

Si bien la noción de *habitus* nos ha permitido entender cómo se configuran las acciones y, en el caso de las mujeres pentecostales, cómo se estructuran sus comportamientos religiosos y cotidianos en el ámbito de la iglesia y la familia, nos interesa profundizar este tema con las reflexiones que hace Sherry Ortner.<sup>26</sup> Ella sostiene que la acción humana es construida por el orden social y cultural dado (estructura), pero también esta construye —reproduce o transforma— «estructura». Ortner señala que las acciones y la estructura no pueden concebirse por separado. La estructura no solo limita, sino que permite la acción social, es decir, toda acción social implica estructura y toda estructura implica acción social. Aplicado esta concepción a las acciones religiosas, es innegable que estas responden a la configuración de una estructura religiosa (ético-religiosa, por ejemplo). Es posible reconocer en las propias acciones la gramática religiosa, pero, al mismo tiempo, no puede haber estructura que no esté sustentada en una acción significativa o simbólica, en este caso, de carácter religioso. En otras palabras, no hay acciones religiosas si no responden a una estructuración ritual, y no hay sistema religioso que se sustente a sí mismo si no es a partir de las acciones religiosas de sus creyentes.

Ortner intenta descentrar el lugar de la estructura en la noción de *habitus* de Bourdieu y señala que el desafío es reconocer los modos en los que el sujeto es parte de una amplia red social y cultural, en la que los «sistemas» socio-culturales son predicados sobre los deseos y proyectos humanos.<sup>27</sup> Podríamos preguntarnos si el éxito de las estrategias

<sup>26</sup> ORTNER, Sherry. *The Politic and Erotics Culture*. Boston: Beacon Press, 1996.

<sup>27</sup> Haciendo justicia a Bourdieu, no creemos que deje de reconocer el papel que tendría la participación del sujeto intencional para cambiar en el tiempo la estructura que en

pentecostales o evangélicas en general para ganar más adeptos o realizar sus propósitos de extensión no está sustentado en rescatar y responder a los deseos más inmediatos de los conversos. Ortner propone la idea de los «juegos serios», ya que la idea de juego representa simultáneamente las distintas dimensiones de la vida social (actores, reglas y metas de los juegos). Hay «agencia», esto es, actores que juegan con habilidad, intención, inteligencia. La idea de que el juego es serio añade la idea de que el poder y la desigualdad se encuentran en los juegos de la vida en múltiples formas y que, mientras haya algo lúdico en el proceso, las apuestas de estos juegos serán a menudo duras. Al confrontar las ideas de Ortner con las acciones de las mujeres pentecostales, nos preguntamos cómo se delinean las características de la agencia femenina pentecostal. En primer lugar, ¿existe una agencia femenina pentecostal? Si la hay, ¿cómo se manifiesta esta intencionalidad y conciencia reflexiva en lo que podríamos llamar los «juegos serios» que tienen que jugar las mujeres pentecostales en la familia y la Iglesia?

Ya hemos enumerado una serie de ejemplos. Una primera aproximación la podemos deducir del logro que para las mujeres pentecostales significa la conversión a la Iglesia Pentecostal. Todas ellas manifiestan, en sus testimonios, las «bendiciones» que han recibido de Dios en sus familias (bienestar, salud, trabajo, conversión del esposo) y las que están todavía luchando para que el esposo participe en la iglesia o, por lo menos, las deje participar tienen, en el testimonio de sus «hermanas», la prueba de lo que Dios puede obrar. La propia conversión de las mujeres pentecostales se ha convertido en una especie de estrategia personal para superar o cambiar la situación social en la que viven. Aunque

---

cierta forma lo condiciona. El *habitus* es perdurable; no inmutable. Creemos que Ortner enfatiza el lado intencional de la agencia, que no está totalmente limitada por la estructura y que precisamente, por esta intencionalidad, es modificada o construida la estructura. En ese sentido, nuestra apuesta apunta a enfatizar las acciones estratégicas de los individuos, pero tienen en el *habitus* una especie de *humus* desde el cual el agente va delineando sus acciones. No hay punto cero; mejor dicho, el punto cero está constituido ya por el mismo *habitus*.

estas estrategias todavía se sitúan dentro de un contexto de dominación masculina y en un plano religioso, la mujer pentecostal tiene que actuar con sabiduría para construir un hogar en armonía, para aprovechar las vulnerabilidades del esposo y para elegir los momentos oportunos para cumplir con sus deberes religiosos. Al interior de la iglesia también se dan estas estrategias en los liderazgos femeninos a través de una mayor participación y de la preocupación por instruirse en el manejo de los símbolos pentecostales, de la Biblia y de las técnicas de transmisión para ser maestras de la Palabra.

Las estrategias forman parte del proceso de conversión, de las disposiciones habituales. Este proceso sigue siendo incompleto hasta que no se logre instaurar el campo religioso en el espacio de la propia familia. En ese sentido podríamos decir, en términos de Bourdieu, que mientras los varones «inconvertos»,<sup>28</sup> cuyas esposas se han convertido al pentecostalismo, son los que ejercen algún tipo de violencia psicológica o física o, en el mejor de los casos, muestran indiferencia ante el nuevo proceso religioso de su esposa, son las mujeres convertidas al pentecostalismo las que ejercen una «violencia simbólica» en el ámbito familiar, en el sentido de que convierten su propia familia en tierra de misión, el espacio donde se juega su propia salvación y la de los suyos, una especie de proselitismo *ad intra* que, por sentirse poseedoras de un nuevo capital simbólico en el marco de la autoafirmación, las impulsa a la conquista de las almas de su propio entorno familiar.

No se puede negar que la experiencia religiosa de las mujeres pentecostales ha contribuido a la recuperación de su capacidad para relacionarse con otros dentro de un proyecto, en este caso, religioso. Ello les ha ayudado también a ser conscientes de la posibilidad de su actuación intencional en el plano de la modificación de las relaciones

---

<sup>28</sup> Muchos varones convertidos al pentecostalismo mantienen todavía actitudes machistas encima de los esquemas de predominancia masculina justificada bíblicamente. Este hecho puede observarse en los conflictos producidos a raíz de la mayor participación de la mujer por el tiempo que dedica a la iglesia y por los compromisos que va asumiendo.

familiares y en el cada vez mayor ejercicio del liderazgo al interior de su iglesia. Todo esto se da dentro de los discursos religiosos que moldean su acción; pero, también, las representaciones sobre su identidad de género se producen a partir de la síntesis entre la experiencia vivida y las definiciones transmitidas en el discurso religioso sobre lo que es ser mujer o varón.

Respecto a las distinciones entre naturaleza y cultura, Mary Douglas<sup>29</sup> nos recuerda que el concepto de «contaminación» no se refiere a la naturaleza sucia del cuerpo o de la persona y sí a aquello que sale fuera de la clasificación de «normal». En ese sentido, la Iglesia Pentecostal construye simbólicamente el cuerpo. La mujer es vista como contaminante debido a las funciones «naturales» de su cuerpo, que la vinculan de cierta manera al mundo natural, como sucede con la prohibición de las relaciones sexuales durante la menstruación o durante dos meses y medio después del parto.

Cuando se percibe que algunos comportamientos de las mujeres pentecostales escapan a la gramática religiosa institucional, se tiende a concebir tales comportamientos como peligrosos y pecaminosos. Estos comportamientos escapan a los roles institucionalizados. Puede ser considerado normal —en términos religiosos— que la mujer no supere al marido o al varón, que ella acate la última decisión del esposo, que asuma una actitud pasiva en relación con él, que se vista y arregle de un modo que no resalte la belleza, porque es signo de vanidad, y eso evita dar una imagen excesiva de sensualidad (no puede usar pantalones, minifaldas, escotes, aretes, maquillaje).

Lo cierto es que algunos comportamientos de las mujeres pentecostales escapan a estas restricciones debido a los procesos de autoafirmación que producen sus propias experiencias religiosas. Se constata también, entre las mujeres jóvenes (y las que tienen un grado de instrucción mayor o son profesionales), la presencia e influencia de

---

<sup>29</sup> DOUGLAS, Mary. *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI, 1973.

estas estrategias todavía se sitúan dentro de un contexto de dominación masculina y en un plano religioso, la mujer pentecostal tiene que actuar con sabiduría para construir un hogar en armonía, para aprovechar las vulnerabilidades del esposo y para elegir los momentos oportunos para cumplir con sus deberes religiosos. Al interior de la iglesia también se dan estas estrategias en los liderazgos femeninos a través de una mayor participación y de la preocupación por instruirse en el manejo de los símbolos pentecostales, de la Biblia y de las técnicas de transmisión para ser maestras de la Palabra.

Las estrategias forman parte del proceso de conversión, de las disposiciones habituales. Este proceso sigue siendo incompleto hasta que no se logre instaurar el campo religioso en el espacio de la propia familia. En ese sentido podríamos decir, en términos de Bourdieu, que mientras los varones «inconvertidos»,<sup>28</sup> cuyas esposas se han convertido al pentecostalismo, son los que ejercen algún tipo de violencia psicológica o física o, en el mejor de los casos, muestran indiferencia ante el nuevo proceso religioso de su esposa, son las mujeres convertidas al pentecostalismo las que ejercen una «violencia simbólica» en el ámbito familiar, en el sentido de que convierten su propia familia en tierra de misión, el espacio donde se juega su propia salvación y la de los suyos, una especie de proselitismo *ad intra* que, por sentirse poseedoras de un nuevo capital simbólico en el marco de la autoafirmación, las impulsa a la conquista de las almas de su propio entorno familiar.

No se puede negar que la experiencia religiosa de las mujeres pentecostales ha contribuido a la recuperación de su capacidad para relacionarse con otros dentro de un proyecto, en este caso, religioso. Ello les ha ayudado también a ser conscientes de la posibilidad de su actuación intencional en el plano de la modificación de las relaciones

---

<sup>28</sup> Muchos varones convertidos al pentecostalismo mantienen todavía actitudes machistas encima de los esquemas de predominancia masculina justificada bíblicamente. Este hecho puede observarse en los conflictos producidos a raíz de la mayor participación de la mujer por el tiempo que dedica a la iglesia y por los compromisos que va asumiendo.

familiares y en el cada vez mayor ejercicio del liderazgo al interior de su iglesia. Todo esto se da dentro de los discursos religiosos que moldean su acción; pero, también, las representaciones sobre su identidad de género se producen a partir de la síntesis entre la experiencia vivida y las definiciones transmitidas en el discurso religioso sobre lo que es ser mujer o varón.

Respecto a las distinciones entre naturaleza y cultura, Mary Douglas<sup>29</sup> nos recuerda que el concepto de «contaminación» no se refiere a la naturaleza sucia del cuerpo o de la persona y sí a aquello que sale fuera de la clasificación de «normal». En ese sentido, la Iglesia Pentecostal construye simbólicamente el cuerpo. La mujer es vista como contaminante debido a las funciones «naturales» de su cuerpo, que la vinculan de cierta manera al mundo natural, como sucede con la prohibición de las relaciones sexuales durante la menstruación o durante dos meses y medio después del parto.

Cuando se percibe que algunos comportamientos de las mujeres pentecostales escapan a la gramática religiosa institucional, se tiende a concebir tales comportamientos como peligrosos y pecaminosos. Estos comportamientos escapan a los roles institucionalizados. Puede ser considerado normal —en términos religiosos— que la mujer no supere al marido o al varón, que ella acate la última decisión del esposo, que asuma una actitud pasiva en relación con él, que se vista y arregle de un modo que no resalte la belleza, porque es signo de vanidad, y eso evita dar una imagen excesiva de sensualidad (no puede usar pantalones, minifaldas, escotes, aretes, maquillaje).

Lo cierto es que algunos comportamientos de las mujeres pentecostales escapan a estas restricciones debido a los procesos de autoafirmación que producen sus propias experiencias religiosas. Se constata también, entre las mujeres jóvenes (y las que tienen un grado de instrucción mayor o son profesionales), la presencia e influencia de

---

<sup>29</sup> DOUGLAS, Mary. *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI, 1973.

otros valores e ideas provenientes del mundo laboral, de la universidad y de los medios de comunicación, entre otros. Las mujeres pentecostales, sin dejar de reconocer su condición de madres y esposas, exigen de sus esposos mejor trato y una relación de complementariedad en la toma de decisiones familiares, incluso el reconocimiento de su individualidad. Muchas de ellas mantienen todavía ciertas formas no exageradas de arreglo personal y quieren tener el mismo tipo de participación que los varones; inclusive, están de acuerdo con que el cargo de pastor de la iglesia sea ocupado por una mujer. Sobre esto último, con argumentos religiosos, señalan que Dios les ha dado la misma capacidad a la mujer y al varón, que ellas poseen también dones. Otras, en cambio, remarcan que se puede ser pastora de la iglesia al lado del esposo pastor.

Tomando en cuenta el capital cultural y simbólico<sup>30</sup> que poseen las mujeres por su participación en la iglesia y en otros espacios sociales, se puede señalar que hay una trayectoria que recorren las mujeres en el proceso de conversión y santificación en los espacios de la familia y la iglesia, y que esta trayectoria marca un proceso de afirmación a través de estrategias que responden al *habitus* pentecostal y a la incorporación de otros *habitus*. Estos otros van desde la sumisión para conseguir relaciones menos conflictivas en el hogar, pasando por la sujeción con relaciones de complementariedad —en la cual se sitúan la mayoría de mujeres—, hasta la aceptación de la sujeción con relaciones complementarias y con la búsqueda de una valoración de la propia individualidad.

La mayoría de las hermanas que poseen un grado de instrucción primario afirman que es finalmente el esposo quien toma la decisión, pero dentro de un proceso de conversación es vista como una decisión conjunta y solo confirmada por el varón. Como señala una fiel con estudios primarios:

---

<sup>30</sup> Consideramos como capital cultural el bagaje de conocimientos y experiencias ligadas al grado de instrucción y otros aprendizajes de la esfera secular; y capital simbólico, al manejo de los bienes simbólicos del sistema religioso y que relacionamos con el tiempo de pertenencia y el compromiso en la iglesia.

Mi esposo y yo tomamos las decisiones en la casa; él toma la decisión, pero mayormente discutimos de eso juntos. Por ejemplo, yo tomo la decisión para cocinar, para la educación de los hijos, ya que mi esposo se dedica a su trabajo y yo a mis hijos. El mayor está estudiando en Lima y yo afronto todo el gasto. Yo siempre voy a Lima a ver a mi hijo y mi esposo me da la plata, y yo hago alcanzar la plata.<sup>31</sup>

El testimonio de una mujer con estudios secundarios y con mucho tiempo de participación en la iglesia destaca el riesgo que puede tener la atribución del rol masculino en la decisión familiar, ya que el hombre puede ser muy autoritario o machista y esa actitud está fuera del comportamiento que pide Dios en la familia. Como ella señala: «Sobre la última palabra en la decisión familiar, puede que le corresponda al marido, pero depende, porque erróneamente puede ser machista, generalmente depende del diálogo en el temor del Señor».<sup>32</sup>

Las mujeres con estudios superiores y que incluso han tenido una formación bíblica más profunda reconocen que el varón es cabeza del hogar de modo representativo, hecho que está justificado bíblicamente; pero afirman que las decisiones familiares se toman sobre la base del diálogo y la consulta mutua; el diálogo y la consulta deben llevar a una decisión hecha por ambos y que, finalmente, satisfaga a la pareja, reconozca la individualidad de cada uno y mantenga el bienestar del hogar.

En una oficina siempre hay una cabeza; no puede haber varias. Igual en el hogar. Qué haría yo sola sin consultar, aunque hay cosas en las que la mujer no necesita preguntar para decidir, pero generalmente los dos nos ponemos de acuerdo. En el trabajo soy yo la que toma decisiones: tengo que buscar aquello con lo que me sienta cómoda y no él. Claro que se pueden recibir sugerencias. Mi esposo me dice: «Tú ve». Siempre tomamos una decisión que conforme a ambos, donde ambos estemos a gusto.<sup>33</sup>

---

<sup>31</sup> Mujer de 49 años con educación primaria.

<sup>32</sup> Mujer de 48 años con educación secundaria.

<sup>33</sup> Mujer de 32 años con educación superior.

## CONCLUSIONES

El pentecostalismo constituye un campo religioso dentro del abigarrado espectro evangélico. Lo que define y diferencia al pentecostalismo de las demás agrupaciones evangélicas es el ser una comunidad cultural, en la que las expresiones rituales y los discursos religiosos están fuertemente vinculados a una experiencia emocional marcada por la acción y posesión del Espíritu Santo en los fieles. Esta experiencia posee componentes emotivos que orientan y confirman la vida del creyente en los espacios donde realizan sus vidas con otros, la familia y la iglesia. Acompañan a esta experiencia de carácter emocional y corporal las manifestaciones del Espíritu Santo a través de los dones, específicamente la sanidad y la glosolalia. Por último, la aceptación de Jesucristo como Salvador y Señor en la historia vital del fiel, mediatizada en la incorporación de las creencias pentecostales y la práctica de los principios éticos basados en la Biblia, constituyen el proceso de identidad del creyente pentecostal.

Estas características de la experiencia religiosa pentecostal constituyen un *habitus* religioso, es decir, principios generadores de disposiciones que incluyen percepciones, representaciones y organización de acciones, y que permiten al fiel delinear sus acciones en los ámbitos en los que se desenvuelve. Consideramos la familia y la iglesia como los espacios simbólicos donde se despliega el *habitus* pentecostal de modo frecuente y directo, y los consideramos como simbólicos por el hecho de que encierran un mundo de representaciones y percepciones fundamentados en los discursos religiosos y bíblicos sobre los cuales los fieles intervienen desde sus prácticas religiosas y éticas.

Para las mujeres pentecostales ayacuchanas, estos dos espacios simbólicos constituyen, a partir de su experiencia religiosa —conversión, santificación—, espacios que contribuyen a la configuración de sus identidades y a la constitución de la agencia femenina pentecostal. La realidad social y cultural en la que se ven envueltas está caracterizada por la marginación, las desigualdades de género, la pobreza, los problemas de

salud y el maltrato familiar, entre otros. En situaciones de invisibilidad, la experiencia religiosa les ha permitido la afirmación de su propia identidad como mujeres y como pentecostales, el reconocimiento de sus capacidades y concebirse como sujetos de amor. Esto las impulsa a delinear estrategias que respondan al campo religioso pentecostal internalizado, a modificar la situación actual de sus familias y a ejercer liderazgo en el ámbito eclesial.

Desde una perspectiva de género, sigue existiendo subordinación de la mujer al varón, justificada desde una ética religiosa y bíblica, aunque esta subordinación se diluya en la práctica por la presencia de factores externos al campo pentecostal: educación, trabajo, ingresos económicos y medios de comunicación, entre otros. Además, un factor importante también lo constituye el manejo más profundo de los bienes simbólicos de salvación por parte de las mujeres que participan más tiempo en la iglesia. En ese sentido, las mujeres pentecostales, desde su experiencia religiosa, asumen esta subordinación porque corresponde al diseño de Dios para la familia, pero cuestionan una relación de género basada en modelos machistas y patriarcales y, al mismo tiempo, una visión feminista de género que enfatiza el hecho de que la mujer logre el poder sin la presencia del varón. Por eso, las relaciones de género en las mujeres pentecostales responden a una ética religiosa y bíblica. Las mujeres logran modificar las injusticias de género en los espacios de la familia y la iglesia, pero no transforman las estructuras que originan tales injusticias.

## BIBLIOGRAFÍA

BARRERA, Paulo

*Tradição, transmissão e emoção religiosa. Sociologia do protestantismo contemporâneo na América Latina.* São Paulo: Ohlho d'Água, 2001.

BOURDIEU, Pierre

«Genèse et structure du champ religieux». *Revue française de Sociologie*, vol. XII, n.º 3, julio-septiembre, 1971, pp. 295-334.

*Outline of a Theory of Practice.* Cambridge: Cambridge University Press, 1977.

*Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción.* Madrid: Anagrama, 1994.

BOURDIEU, Pierre y Loic WACQUANT

*Respuestas. Por una antropología reflexiva.* México D.F.: Grijalbo, 1995.

DOUGLAS, Mary

*Pureza y peligro. Una análisis de los conceptos de contaminación y tabú.* Madrid: Siglo XXI, 1973.

FRASER, Nancy

*Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición postsocialista.* Bogotá: Universidad de los Andes - Siglo del Hombre Editores, 1997.

GEERTZ, Clifford

*La interpretación de las culturas.* Madrid: Gedisa, 1973.

GIDDENS, Anthony

*Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea.* Barcelona: Península, 1994.

ORTNER, Sherry

*The Politic and Erotics Culture.* Boston: Beacon Press, 1996.

RADCLIFFE-BROWN, Alfred Reginald

*Estructura y función de la sociedad primitiva.* Barcelona: Península, 1972.

RAMÍREZ, Flor

«De la casa al congreso de la palabra de fe». *Religiones y Sociedad*, n.º 3, mayo/agosto, México D.F., 1998.

WEBER, Max

*Economía y sociedad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1984.